Aves de rapiña y titeres de carne

Gaspar Gutman



Capítulo 1

Aves de rapiña y títeres de carne

El soldado secó el sudor que agobiaba su frente, sin poder reprimir el terrible deseo de descuidar su mirada para sentir el aire en sus parpados. El hombre (que ya no era tal cosa) levanto su rifle al hacer esto, porque rifle y hombre, en ese momento, era una sola cosa. La locura de la tranquilidad lo hiso olvidarse de los silbidos majestuosos del llanto de los rifles, que lo miraban de reojo. Era un desastre de personas, personas (que ya no eran tal cosa) gritando y corriendo. El soldado sabía que debía gatillar, lo hacía cuando volvía en si (o traicionaba su sí, tal vez), para ver como la masa de carne se desplomaba. Recordó fugazmente como se planteó lo que sería asesinar a alguien, pero en este momento de irracionalidad, de sumisión, disparar era, como cortar la maleza de las flores. Porque tanto la maleza como la flor son plantas, lo que las diferencia, es el color. Y el soldado debía dispararle a los azules. Tenía que constantemente reprimir su deseo de pensar. Todo su entrenamiento como soldado se basaba (o al menos creyó fugazmente en esos instantes), en realidad, no a mejorar su estado físico o su habilidad con el rifle, sino a no pensar, a no subjetualizar al enemigo, por lo tanto, no subjetualizarse. Recordó, en una laguna de calma, las palabras de su general "los despertamos todas las mañanas con ruidos desesperantes, para que entiendan que, la desesperación será su mejor amiga, era ella su mejor amante. Mientras menos piensen, serán más felices" en su momento, tomo esta frase como un enorme cinismo, del buen cinismo. Aunque en estos momentos, cuando el dolor de una herida en el antebrazo no lo dejaba pensar, no recordó porque. De hecho, por unos instantes, esta frase fue su tranquilidad. Casi tuvo que tirarse al suelo para evitar un estallido a tres metro a su izquierda. El casco estaba pegado a su cabeza de sangre coagulada. "nada me molesta más que esto" pensó. Y fue terrible, en su mente, descubrir no se estaba engañando. Nada, en ese momento, le molestaba más que eso. La tierra desquebrajada dibujaba presumía sus dibujos. Sintió la extraña sensación que de pequeño, cuando recorría el "Camino de Santiago". Aunque existía una sensación diferente, una sensación que amargaba la anterior. Pues en el camino aquel, solo sus piernas lo empujaban. Nadie ni nada más. Eso le gustaba creer. Tal vez sin querer, observo a dos aves rapaces. Estaban devorando el cadáver de algún animal muerto, aunque ahora podría jurar, que muerto no estaba. El soldado odio, entonces, a esas aves. El hecho de devorar a alguien le pareció horroroso, y casi atino a atravesar de un balazo a los dos majestuosos demonios. Pero recordó que sus balas estaban para dispararle a los azules. Y se dio cuenta, que su odio no era con las aves. Ni con los azules. Era, tal vez, (pues su mente era un laberinto de confusión), con él. Con todos. Y se encerró así, en la herejía del pensar. Y los rayos del sol cayeron, pero brillaron más que nunca. Se reconfortaba pensando que somos mejores que las aves aquellas, porque

el hombre tiene la moral. Su línea de pensamientos se cortó un instante, cuando escucho un grito familiar, agonizante, pero efímero. Tenemos moral. Las aves no. Y aún así decidimos matarnos. La moral nos hace mejores? O el hecho de que aún con moral seamos animales, no hace peores? Todos estos pensamientos se presentaban desordenados, no del todo consientes. Observó el ocaso. Que calma tan aturdidora. El cielo estaba rojo. El suelo también lo estaba. Por un instante, sintió pena por sigo mismo, por sus compañeros. Por los azules. A quien odiaba, entonces? Y por un momento creyó entender. Odiaba a aquellos, intocables. Aquellos que sostenían las cuerdas de los títeres de carne. Continúo avanzando lentamente. Su pierna lloraba. Pero nunca él. Recordaba a su mujer. Creía recordar a su hijo. El ave de rapiña voló sobre su casco. Y solo por un instante, se creyó ave de rapiña. Y de repente escuchó en los ecos de su maltrecha mente, los ruidos que los generales hacían para despertarlos. Era hora de dejar de pensar; pues quedaban pocos azules, y no debía quedar ninguno. La calma comenzó a reinar. Habían triunfado. Ja, pensó. Pues sabía muy bien que ellos, terrenales, no habían triunfado en nada. Solo aquellos, los intocables. Y tuvo que cuidarse, para no mancharse, porque había sangre en el árido suelo. Y el uniforme era nuevo, flameante. El sol se echaba a dormir tras el muro de dios, o de la naturaleza. Pero nunca nuestro. El hombre, que ya no era tal cosa, pero que tal vez, lo fue por un momento, porque en éxtasis de la victoria, recupero su moral (o tal vez, estuvo más ausente que nunca), porque el soldado cayó al suelo, y se sintió sucio sobre el arte que la tierra le había dibujado. Cayó al suelo, y comenzó a reír, y a llorar. Lloraba de alegría, y reía de furia.